

**JORDI GRACIA, A LA INTEMPERIE. EXILIO Y CULTURA EN ESPAÑA, Barcelona, Anagrama, 2010, 247 pp.**

**GILDA PERRETTA**  
(GELEC, Universidad de Cádiz)



Catedrático de literatura española en la universidad Autónoma de Barcelona, Jordi Gracia es uno de los mejores conocedores de la historia intelectual española del siglo XX. Desde la publicación de su tesis doctoral en 1996, titulada *Estado y cultura. Eldespertar de una conciencia crítica bajo el Franquismo*, ha dedicado su labor investigadora al estudio del panorama intelectual y cultural de la dictadura con títulos como *La resistenciasilenciosa* (premio Anagrama de Ensayo en 2004) o *La vida rescatada de DionisioRidruejo* (2008) y es en ese mismo ámbito en el que se sitúa este ensayo editado en 2010 por Anagrama.

Según indica el autor en sus primeras páginas, la obra toma como punto departida el sentimiento de rabia e impotencia que aún hoy se apodera de nosotros ante las imágenes devastadoras de la guerra y del exilio. Esos trenes y barcos cargados de desesperados o las hileras de hombres y mujeres que huyen hacia la frontera suscitan una respuesta emocional, pero merecen sin duda una reflexión más pausada y un seguimiento de su evolución desde la huida hasta la vuelta, cuando la hubo, o hasta la justa restitución de la memoria.

El número de intelectuales que decide salir del país a partir del alzamiento de 1936 no hace más que aumentardurante los años de la guerra y culmina en 1939 en una verdadera desbandada general. A partir de este momento se produce la separación entre los vencidos del interior y los del exterior, aunque compartan un mismo sentimiento de profunda desdicha. La intención general de Jordi Gracia en este ensayo es justamente la de intentar explicar la evolución de la derrota en el exilio pero siempre en relación con la del interior. Como advierte el mismo autor en el prólogo, el objetivo de esta obra no es la reconstrucción exhaustiva del fenómeno del exilio en su totalidad, sino más bien proponer una serie de claves interpretativas complementarias que puedan ayudar a iluminar ciertos aspectos de su evolución.

Para ello, el ensayo se articula en cuatro capítulos en los que se analiza la percepción del exilio desde sus inicios, cuando aún la guerra no había terminado, hasta nuestros días. El análisis de esta evolución se lleva a cabo desde múltiples puntos de vista que pretenden reflejar las diferentes maneras de enfrentarse a una nueva vida en el destierro y de relacionarse con la España de Franco.

En el primer capítulo, titulado «La ilusión de una tregua», el autor centra su atención en los primeros años, que los exiliados viven como una especie de paréntesis en sus vidas. Partiendo siempre del análisis de testimonios de la época, las reflexiones de Gracia giran alrededor de una serie de cuestiones básicas que, a la vez que aclaran ciertos aspectos de la percepción de este periodo inicial, van perfilando la complejidad y la enorme diversidad de reacciones frente a una misma tragedia.

En la mayoría de los casos, prevalece en los exiliados la sensación de que se trata de una situación provisional y por lo tanto permanece aún intacta la esperanza de volver a la España de antes, aunque la preocupación por los vencidos del interior es muy fuerte y va en aumento según pasa el tiempo y la situación no se resuelve favorablemente. Según el autor los contactos con el interior son prácticamente inmediatos, dictados por la necesidad de saber qué ha sido de sus personas queridas, de sus casas y sus pertenencias. Además la permanencia en España de un buen número de intelectuales de la edad de Plata propicia una mínima continuidad cultural, primero por cauces privados y luego más visibles, que logran paliar, en cierto sentido, la sensación de aislamiento y desconexión. Otra característica de esta primera etapa que influye negativamente en la vivencia de sus protagonistas es la vigencia en el exterior de las divisiones que ya existían en España durante la guerra, encrudecidas en muchos casos por el reproche, el resentimiento y la culpa de la derrota. Esta falta de unidad en el destierro, además de provocar una profunda frustración entre los intelectuales, se traduce en la dispersión de las revistas que van surgiendo en estos años, justificando así la queja de Pedro Salinas que añora, en una de sus cartas, la unidad de la *Revista de Occidente*.

Ya desde esta primera sección se van perfilando dos maneras de vivir el exilio cuyo análisis ocupará el segundo capítulo titulado «Vivir de veras»: una representada por aquellas personas que se adaptan con cierta facilidad a la nueva situación e incluso llegan a ver en ella una oportunidad de rehacer sus vidas, y otra por aquellos que no logran liberarse del fuerte sentimiento de amargura y permanecen dominados por una actitud de derrota que les impide mirar hacia el futuro.

Jordi Gracia coloca entre 1946 y 1948 una encrucijada decisiva en el exilio: la esperanza de que la oleada antifascista de la segunda guerra mundial arrasara con el Franquismo ha quedado, a estas alturas, descartada, por lo que los exiliados deben decidir ahora si vuelven a la España de Franco (los que pueden) o si se quedan en el extranjero, pero sabiendo ya que se trata de una decisión definitiva. Según el autor no se puede localizar un patrón ejemplar en este sentido, ya que se trata de una elección de vida personal que responde a parámetros muy variados como el trabajo, la familia, los afectos o la personalidad del individuo, por lo tanto esta decisión genera a su vez una nueva multiplicidad de vivencias: los que se quedan y se adaptan sacándole incluso partido a esta nueva vida en libertad; los que se quedan pero no logran desvincularse del sentimiento de frustración de lo que pudo haber sido; los que vuelven y consiguen restablecer un contacto auténtico con la nueva realidad española bajo el Franquismo; los que, llegados a España, no reconocen a su propio país porque el tiempo y los profundos cambios les hacen vivir en un perpetuo desfase.

En estos mismos años, impulsado también por los exiliados que regresan, surge un movimiento de atracción de los intelectuales del exilio hacia España. Las peticiones de colaboraciones en revistas aumentan y nace, entre los desterrados, un debate sobre la cooperación con el interior que polariza una vez más las posturas. Unos consideran la colaboración como una traición, mientras que otros, como expresa Francisco Ayala en su famoso artículo «¿Para quién escribimos nosotros?» de 1948, opinan que el establecimiento de un intercambio de ideas necesario para aumentar el capital

cultural, en vistas de una futura democracia en España. La superación de estos obstáculos de carácter ético responde una vez más a convicciones muy personales, pero Jordi Gracia apunta que en gran medida depende también del reconocimiento de la presencia en España de una resistencia interior al Franquismo.

Es en 1956 cuando La Unión de Intelectuales Españoles, fundada en México en 1947, logra por fin unificar los distintos tonos del exilio bajo la dirección de León Felipe, con el objetivo de entablar un diálogo con los intelectuales españoles y es en este momento que Jordi Gracia fija el arranque de una “conciencia de futuro basada en el desarrollo y la multiplicación de una resistencia, ahora mejor nutrida, para que el cambio político sea algún día posible”.

El tercer capítulo, titulado «La cortina de hojalata», aborda la existencia de esta “red de redes”, que surge a partir de los años cincuenta, indagando en los cambios que la han hecho posible y en sus principales manifestaciones. Entre las condiciones que la han favorecido el autor destaca un fenómeno que llama “flexibilización del exilio”, gracias al cual éste deja de considerarse la única reserva de la pureza democrática y acaba con el estigma de la traición aplicado a cualquier contacto intelectual con el interior. Este paso es fundamental y tiene mucho que ver con el nacimiento en España de una actitud crítica hacia el régimen. De hecho a partir de los años cincuenta se produce cierta atomización de la victoria y se nota una clara voluntad de aproximación a la inteligencia del exilio por parte de hombres cercanos al régimen: es el caso de Camilo José Cela con su revista *Papeles de son Armadans* o la respuesta de Aranguren en 1953 al artículo de Ayala en *Cuadernos Hispanoamericanos*.

De la misma manera que revistas y editoriales españolas empiezan a acoger, aunque tímidamente, la obra del exilio, las revistas del exterior se hacen eco de la producción literaria española más valiosa. Ante el asombro de muchos desterrados crece una nueva generación que ha sabido reinventarse y salir de la asfixia nacional-católica: se trata de escritores como José Hierro, Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio o Carmen Laforet. Además los contactos aumentan también gracias a dos movimientos contrarios: los regresados que no pierden las relaciones con el exterior y los nuevos exiliados jóvenes, entre los que se encuentran José Ángel Valente, Jorge Semprún o Juan Goytisolo, que mantienen el vínculo con España.

El cuarto y último capítulo, «Democracia caníbal», está dedicado al papel del exilio durante la transición, a la recepción de su obra en democracia y a la recuperación de la memoria histórica desde los años noventa hasta nuestros días.

La transición española se hizo, según Jordi Gracia, “mirando hacia adelante”, por lo que todo lo que representaba el pasado no era bienvenido, es más se percibía como algo contraproducente en términos de estrategia política y electoral, además se quería conjurar por todos los medios el riesgo de una involución militar. Por todos estos motivos la transición fue para muchos exiliados otro motivo de frustración, ya que no pudieron ejercer ese papel de impulso y dirección con el que habían soñado.

Aunque la presencia de las obras del exilio comienza a ser cada vez más normal en la España de los últimos años de Franquismo, su acogida no es en ese momento, ni lo será en los primeros años de democracia, tan buena como cabía esperar. Según el autor la causa de esta recepción frustrada hay buscarla, una vez más, en el desfase cronológico, la obra llega tarde para influir en los gustos y el público español busca ya otro tipo de literatura.

La extrema duración del Franquismo es, según Gracia, la razón por la que no se pudo retomar *viva* la obra del exilio, pero la recuperación, no sólo de los escritos por los exiliados sino de todo lo que significó la guerra y el destierro, se comienza a realizar a partir de los años noventa desde el punto de vista de una reconstrucción *mítica* de la

cultura española a cargo de los nietos de los que vivieron aquella etapa. Este primer impulso hacia la recuperación cobra aún más fuerza en torno al año 2000, como reacción ante la tentativa de revisionismo histórico del Franquismo que acompaña las elecciones de 1996. La cantidad de novelas, documentales, películas, congresos y demás manifestaciones culturales en torno al tema de la Guerra Civil y del exilio es abrumadora y genera una fascinación mítica y real que culmina en 2007 con la Ley de Memoria Histórica impulsada por el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. La enorme cantidad de material recuperado y generado en los últimos años ha hecho posible un último efecto en el que Jordi Gracia inserta este libro: “una percepción del exilio y de sus contradicciones reacia tanto a la momificación heroica como al esquematismo simplificador”.

El análisis que nos ofrece Jordi Gracia en este libro resulta muy dinámico y se lleva a cabo a través de un estilo ágil y de agradable lectura que nos guía a través de unas reflexiones fundadas en el manejo de una bibliografía de primer orden en la que las fuentes primarias – cartas, memorias o diarios – son las grandes protagonistas. Aunque las referencias eruditas sean muy abundantes, la lectura de la obra no resulta dificultosa, ya que el texto se presenta limpio y las notas están recogidas en un apartado final que reúne las indicaciones bibliográficas de las fuentes citadas en el texto. A éste le sigue un último y útil capítulo titulado «Final con bibliografía» en el que el autor hace un balance de los estudios realizados en torno al tema del exilio y presenta una selección de obras que han sido fundamentales para la escritura de este libro.

Las intenciones expresadas por el autor en el prólogo se cumplen totalmente, ya que la sensación que queda al acabar de leer el libro es la de haber ampliado la perspectiva en torno al exilio, multiplicado los puntos de vista y derribado, gracias a la aportación de datos y testimonios concretos, ciertos mitos generalmente aceptados. A lo largo del libro el discurso de Jordi Gracia oscila entre la voluntad de ordenar la evolución del exilio, ciñéndose en lo posible a un orden cronológico y procediendo por ejes temáticos, y la de ofrecer al mismo tiempo una imagen fragmentada y diversa debida a las diferentes trayectorias vitales y profesionales de los intelectuales exiliados. Exponer la problemática del exilio de esta manera no es fácil y creo que se le debe reconocer al autor cierto valor al renunciar a una exposición más cómoda, ordenada y unívoca porque, manteniéndose fiel a esta doble intención, es capaz de ofrecernos una visión enriquecida por los matices y las contradicciones propias de la vida.